

EL CABALLERO DE SANTA FE.

Verdadero romance en que se declara el rigoroso castigo que la Magestad Divina egecutó con un Caballero natural de Santa Fé, una legua de la Ciudad de Granada, por haber levantado un falso testimonio á la muger de su hermano.

PRIMERA PARTE.

Yace en la florida vega
de la famosa Granada,
una poblacion ilustre,
una villa celebrada
cuyo nombre es Santa Fé,
y una legua no muy larga.
En ella, pues, residia,
lleno de pompas y galas,
un generoso mancebo,
que grandes rentas gozaba.
Este tenia un hermano,
que casado se miraba,
y con siete hijos pequeños
á quienes alimentaba.

Amaneció, pues, un dia
qué lástima! qué desgracia!
sin que un bocado tuviese
con que sustentar su casa.
Los niños que en dispertando
por el alimento claman,
á pedir pan empezaron;
se me parten las entrañas.
El buen hombre acongojado,
amargos suspiros daba;
pero su muger le dijo:
Dulce esposo de mi alma,
no te acongojes, no llores,
basta de fatigas, basta;

yo iré á buscar á tu hermano,
y en Dios tengo confianza
que nos ha de socorrer.
Ay hija de mis entrañas!
(la dijo el pobre marido)
ociosamente te cansas.
Mi hermano, como está rico,
con aspereza me trata:
jamas le he debido un cuarto;
no lograrás con él nada.
Calla, mi bien, que yo espero
(le dijo su esposa amada)
que se duela de nosotros.
Pues no te detengas, anda,
dile como nos hallamos,
que nos socorra y nos valga.
Fue la muger á buscarle,
y postrándose á sus plantas,
contándole sus ahogos,
le pidió los remediara.
Válgame Dios que inclemencia!
no solo no la dió nada,
sino que impio la dijo
á su afligida cuñada:
muger, en tus manos tienes
el remedio de tus ansias.
Ya sabes que yo te adoro
con la vida y con el alma;
haz que yo goce tu cielo
y cuanto quisieres manda,
que cuanto yo tengo es tuyo,
dineros, joyas y alhajas.
Al oir estas razones
aquella cordera mansa
le respondió: vil, tirano,
sin Dios, sin ley y sin alma,
aunque todas las riquezas
que en todo el mundo se hallan
pusieras en mi poder
no hiciera yo tal infamia.
O corona de mugeres
digna de toda alabanza!
Pues vete (salió el maldito),
vete muy enhoramala.
Fuese la pobre llorando,
y asi que llegó á su casa
contó á su pobre marido
su resolucion tirana;
y callando por no darle
mayor pena y mayor ansia
como habia pretendido
ofenderla y deshonrarla.
Desconsolado el buen hombre,
viéndose en miseria tanta,
fuese á buscar á su hermano,
y con lágrimas amargas
le pidió le socorriese
por las divinas entrañas
de Jesus, y por la Reina
de los cielos Soberana.
Ay Dios! tiemblo de decir
lo que aquel malvado traza:
Cómo pretendes, le dijo,
que yo á socorrerte vaya,
cuando tienes la osadia
deshonrando nuestra fama,
de permitir que tu esposa
viva tan encenagada
en deshonestos deleites
con cuantos van á tu casa?
No gana ella de comer!
pues para que quieres nada?
No es posible, dijo el pobre,
que mi muger eso haga,
porque aunque moza y bonita
es honesta y recatada.
Cómo que no, saltó airado,
aquel traidor de mala alma;
hoy mismo ha venido á verme,
y lasciva y desalmada
me brindó con su hermosura,
como yo la regalara.
Oyendo tales razones,
temblando de ira y de rabia,
se salió el pobre marido
con resolucion dañada
de darla sangrienta muerte;
pero al llegar á su casa
encontró un gentil mancebo,
de buen talle y buena gracia,
que preguntándole á dónde
tan resuelto caminaba,
y sabida su intencion,
con elocuentes palabras,
le dijo: No, hermano mio,
no lo hagas, no lo hagas,
mira que ella está inocente,
y que tu hermano te engaña.
Movido de sus razones
determinó no matarla,
sino es ausentarse de ella,
y nunca verla la cara.

Llegó á su casa y lloroso
la dijo que le importaba
ir á cierta diligencia
por tres ó cuatro semanas.
Aqui fueron los suspiros,
las congojas y las ansias:
lloraba la muger triste,
su marido la abrazaba,
deshacianse en suspiros,
los niños tambien lloraban.
Uno le hacia mil fiestas,
otro el rostro le besaba.
O qué lance tan terrible!
O qué pena tan amarga!
A Dios, dueño de mi vida,
á Dios, prenda regalada,
á Dios, esposo querido,
á Dios, gloria de mi alma,
á Dios, hijos de mis ojos,
y mi bendicion os caiga,
á Dios, mi bien, á Dios, hijo,
y el cielo con bien te traiga:
y en otra segunda parte
diré lo demas que falta.

SEGUNDA PARTE.

Aquel pobre desgraciado
tristemente caminaba,
combatido de pesares,
llena de sustos el alma;
cuando al cruzar un arroyo
que la selva fecundaba,
vió delante de sus ojos
vestido de ricas galas,
un brioso caballero
de presencia muy gallarda,
en un soberbio caballo
que los vientos igualaba.
Saludole cortesmente,
y él con altivas palabras
le dijo: Hombre mal nacido,
así tu honor desamparas?
No sabes que tu muger
deshonesta y relajada,
con cuantos galanes quieren
asistirla y requebrarla,
vive licenciosamente
sin reserva á tu hermano
á quien solicita y ama?
Pues cómo, cómo permites
buyéndola tu la cara,
que se precipite mas
en sus vilezas é infamias?
Vuelve, vuelve como honrado,
castiga osadía tanta.
Que dirá el mundo de tí
si no vuelves por tu fama?
asi desdoras tu casa,
por ella te ves tan pobre,
porque aunque dinero ganas,
lo mal ganado en el mundo
suele lucir poco ó nada.
Dale muerte violenta,
toma esta luciente espada,
quítala la vida al punto,
borra con sangre tu mancha,
ponte luego en salvo y huye,
y para que así lo hagas
toma esos treinta doblones,
que aqueste bolsillo guarda.
Hazlo como te lo digo
que yo te doy la palabra
de sacar por ti la cara.
Diole gracias infinitas
por lo mucho que le honraba,
y tomando el blanco acero
le prometió en voces altas,
que la daria la muerte
asi que llegase á casa.
Eso me parece bien,
dijo el caballero, anda,
cumple tú como quien eres
y fia de mi palabra.
Despidiéronse con esto,
y sin la menor tardanza
se volvió el pobre mozo
á egecutar la desgracia.
Cuando en Dios y en hora buena
se le apareció en el aire
la Virgen de las Angustias
sol del reino de Granada,
con el Apostol San Judas,
que patrocina y ampara
los inocentes á quienes
testimonio les levantan,
del cual santo era su esposa
devota y apasionada.
Púsose pues de rodillas,
y con voces soberanas
le dijo la Virgen pura:
Inocente desdichado,

sabes que tu dulce esposa
no tiene culpa ni mancha?
lo que te dijo tu hermano
es falso y es en venganza
de que consentir no quiso
á sus promesas villanas.
Ese que le ha aconsejado
que tomes tú la venganza,
es el demonio que busca
la perdicion de las almas.
Tu esposa es devota mia,
vuelve, vuelve pues con ella
y serena tus borrascas,
que mi Soberano Hijo
por mi intercesion sagrada
te dará muchas riquezas,
castigando de tu hermano
la torpe intencion villana.
Y para que consideres
como el demonio te engaña,
saca el dinero que llevas,
verás su malicia clara.
Fue á sacarle: pero todo
vuelto en cenizas estaba.
Entonces la Virgen pura
á los cielos se traslada.
Atónito aquel buen hombre
á su lugar dió la vuelta;
y apenas por él entraba,
cuando á su traidor hermano
le dió tan recio accidente
que de la vida le priva
sin que su error confesara,
y siete fieros demonios
su cuerpo le despedazan,
por lo cual fue Dios servido
quedase su indigno cuerpo
mas negro que un carbon todo,
y que su lengua malvada
se viese públicamente
arder entre vivas llamas;
con unas letras de fuego,
que decian y expresaban:

Esta es la recta justicia
que el Omnipotente manda
egecutar en este hombre
por el falso testimonio
que levantó á su cuñada.
O gran Dios, y qué castigo!
Llególe aquella noticia
tan dolorosa y amarga
á su venturoso hermano
cuando á su casa llegaba,
y venerando rendido
las disposiciones altas
del Criador Soberano,
que castiga á quien le agravia
subió á su cuarto gozoso,
y halló á su esposa adorada
encomendándole á Dios
que de riesgos le librara.
Abrazóla tiernamente
entre amorosas palabras,
acariciando á sus hijos
que de alegria lloraban.
Pidióla perdon humilde
de haber creido sin causa
aquel falso testimonio
contra su honra y su fama.
Y habiendo con el motivo
de su muerte desgraciada
heredado el mayorazgo
que su hermano disfrutaba,
tuvo bienes de fortuna
con que sustentar su casa:
dando mil gracias á Dios,
á la Virgen Soberana
y á San Judas, su devoto,
que de tanto mal lo saca.
Abramos los ojos todos
con este egemplo que pasma.
Refrenemos nuestras lenguas,
y pidamos á Dios gracia
para lograr por su medio
ver en el cielo su cara.

FIN.

VALENCIA: *Imprenta de Ildefonso Mompié. Año* 1822.